
Susan Andersen
MIRA
Corazones en Juego

Prólogo

Jackson Gallagher McCall dejó el vaso en la pequeña mesa de café delante de él cuando el grupo de coristas, con evidentes ganas de fiesta, entró en el bar del casino de Las Vegas.

«¿Qué te parece?», pensó, sonriendo para sus adentros. «Pide y se te concederá».

Sin duda era su noche de suerte; su objetivo estaba justo en medio del alegre grupo de mujeres recién llegadas. Observó cómo la abundante melena rizada y pelirroja se balanceaba y desparramaba sobre los hombros femeninos para caer suavemente sobre la espalda. No había sido fácil adivinar quién era entre toda la *troupe* de *La Stravaganza*, el lujoso espectáculo musical que acababa de ver en el auditorio principal del hotel. Todas las bailarinas tenían cuerpos esculturales, aproximadamente la misma estatura, centímetro arriba o abajo, llevaban el mismo minúsculo traje de brillos y lentejuelas

e iban fuertemente maquilladas. Todas lucían pelucas iguales o idénticos tocados de plumas sobre la cabeza.

Jax no dudó ni por un momento que era el mismo grupo, porque, a pesar de que todas habían cambiado las pinturas de guerra propias del escenario por maquillaje normal, algunas seguían enfundadas en el traje que había visto en el número final del espectáculo.

Aunque no ella. La miró de arriba abajo y llegó a la conclusión de que no sería ningún sacrificio tratar de seducirla para lograr el acceso a su casa. No con aquel cuerpo, vestido ahora con unas sandalias de tacón alto, unos pantalones de tela color melocotón y una blusa a juego, cuya espalda consistía únicamente en unas pocas tiras cruzadas. La mujer tenía una risa franca y contagiosa y una boca que ahora se curvaba en una ligera sonrisa de complicidad. Era una expresión que decía que aquella mujer sabía muy bien cómo andar por el mundo.

Y la misma sonrisa seductora y cargada de apasionadas insinuaciones que había visto en la foto que su padre le envió para presumir de lo guapa que era la mujer a la que había convencido para casarse con él.

La mujer que se convertiría en la viuda de Big Jim McCall prácticamente cuando todavía no se había secado la tinta del certificado de matrimonio.

1

—Feliz cumpleaños, querida amiga.

Con las copas levantadas, el coro de voces femeninas repitió el brindis. Y alguien añadió:

—Eh, ¿cuántos te caen? ¿Treinta y dos?

Treena McCall miró al grupo de mujeres sentado alrededor de las mesas que habían juntado y alzó las comisuras de los labios.

—Treinta —le corrigió sin levantar la voz, aunque en realidad cumplía treinta y cinco.

Era un hecho que prefería no recordar muy a menudo, pero el dolor que le producía el tirón muscular que había tenido en la pantorrilla izquierda cuando estaba realizando una sencilla patada alta en el número final no se lo ponía fácil.

—Ya lo creo que treinta —dijo una de sus amigas, con sarcasmo.

Una bailarina llamada Juney asintió con la cabeza:

—Entonces con éste, ¿cuántos treinta cumpleaños has celebrado?

—Oh. Si te vas a poner así —Treena curvó un poco más el labio—. La verdad es que he decidido dejar de añadir números y pasar directamente al sistema alfabético... lo que supongo que me pone en treinta y E. Pero, Juney, si tú no insistes con mi edad, prometo no mencionar el tema en tu próximo cumpleaños.

—Trato hecho —accedió Juney llevándose la copa a los labios.

—En cualquier caso —dijo Julie-Ann Spencer inclinándose hacia delante desde el otro extremo de la mesa—, no creo que vayas a bailar en *La Femme* del Crazy Horse en un futuro próximo.

En la mesa se hizo un tenso silencio; todas sabían que el comentario de Julie-Ann, aunque había sido hecho en un tono aparentemente normal, era en realidad una flecha venenosa lanzada con la peor intención del mundo.

—Cerda —susurró Carly al oído de Treena, y después alzó la voz—: ¿Hay alguien en esta mesa aparte de ti que aún no haya cumplido los veinticinco, Julie-Ann?

Unas sonoras carcajadas celebraron la pregunta, y Carly clavó una dura mirada en la joven corista.

—Entonces supongo que tú eres la única de esta mesa que puede tener la oportunidad de bailar en el Crazy Horse.

—Para su desgracia —comentó Eve, con una mueca.

—Los idiotas no saben lo que se pierden —coincidió Michelle.

Pero si la intención de Julie-Ann había sido echar

un jarro de agua fría al estado de ánimo de Treena, lo había conseguido. Porque Treena no sólo no bailaría nunca en el Crazy Horse, sino que iba a necesitar muchas horas de ensayo y mucha suerte para pasar la prueba anual obligatoria de *La Stravaganza*, que tenía lugar dentro de dos semanas. Era un requisito imprescindible para continuar en la compañía. Los once meses que no había trabajado por estar junto a Big Jim le habían costado caros. La devastadora enfermedad de su esposo apenas le había permitido asistir a alguna que otra clase de baile, y eso no era suficiente para mantener en forma a una corista de Las Vegas. En menos de un año, había pasado de ser la capitana de la *troupe* de baile a apenas mantener su puesto. Para una bailarina, los treinta y cinco años suponían el principio del fin.

La edad nunca le había preocupado hasta que volvió a trabajar en el espectáculo de baile, porque el fin de su carrera siempre le había parecido muy lejano en el tiempo. Pero por mucho que quisiera ignorarlo, la realidad era que su carrera parecía dirigirse a su destino final más deprisa que un tren bala japonés, y aquella mañana se había despertado dándose cuenta de que tenía oficialmente treinta y cinco años. Sabía que cuando el tren entrara en la estación, no le quedaría más remedio que apearse. Desafortunadamente, no estaba ni siquiera cerca de cumplir su otro sueño: tener algún día su propio estudio de baile.

Mejor no pensar en eso en aquel momento. Sólo serviría para aumentar la sensación de temeridad que llevaba acompañándola todo el día.

A su espalda oyó la exclamación grave de una garganta masculina acompañada de un agudo grito feme-

nino, pero al girarse para ver qué ocurría a su espalda, notó una lluvia de hielo en el hombro y la espalda desnuda. Con un grito sobresaltado, se puso en pie.

—Oh, cielos, Treena, lo siento —dijo la camarera, Clarissa, que ya se había agachado sobre una rodilla cubierta por una media de malla negra, y levantaba los vasos vacíos de la bandeja.

—No, la culpa es mía —dijo una voz grave y seductora a su lado. Una mano bronceada de dedos alargados sujetaba el codo de la camarera y la ayudaba a ponerse en pie—. Disculpa. Tenía que haberme cerciorado de que no venía nadie antes de levantarme.

En cuanto la camarera recuperó el equilibrio, el hombre se volvió hacia Treena. Ésta apenas tuvo tiempo de registrar la estatura, los hombros anchos y el pelo rubio castaño y despeinado del hombre cuando éste sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta que llevaba, una chaqueta que sin duda había salido del taller de algún famoso y carísimo diseñador de moda. El hombre utilizó el pañuelo para empapar con movimientos suaves la humedad del hombro.

—Lo siento —dijo él, con sumo cuidado de no tocarla con nada que no fuera el tejido del pañuelo mientras le secaba por debajo del pelo.

Con la mano libre desprendió un cubito de hielo de los exuberantes rizos rojizos. Las cejas, unidas por encima de un nariz grande que evidentemente había sido rota alguna vez, enmarcaban unos intensos ojos azules.

—Menos mal que cuando me he levantado, en la bandeja sólo había vasos vacíos —comentó, sin interrumpir su labor—. Date la vuelta, te secaré la espalda.

El hombre habló con tanta naturalidad e indiferen-

cia que ella se volvió automáticamente y se encontró mirando de nuevo a sus amigas, que la observaban con distintos grados de fascinación, todas con los ojos muy abiertos y las cejas arqueadas, mientras él le secaba la humedad de la espalda. Entonces fue cuando ella se dio cuenta de su obediente reacción.

Treena no era una mujer dócil por naturaleza, y si el desconocido hubiera intentado tocarla de forma inapropiada, ella lo hubiera atajado tan rápidamente con la rodilla que el tipo habría salido del local a cuatro patas. Estaba acostumbrada a lidiar con ese tipo de comportamiento de los idiotas que pensaban que el hecho de que una mujer bailara en top-less en el número final del espectáculo les daba todo el derecho del mundo a toquetearlas. Pero las manos de aquel hombre no la habían rozado en ningún momento. Sólo la tela del pañuelo se había puesto en contacto con su piel.

—Ya está —le dijo él entonces, casi al oído, dejando caer la mano y dando un paso atrás—. Me temo que no está perfecto, pero es lo mejor que puedo hacer bajo estas circunstancias.

Volviéndose a mirarlo, Treena vio que estaba más cerca de él de lo que había pensado. Dio un paso atrás, pero sólo consiguió tropezar con la silla, que estuvo a punto de caer al suelo. Cuando ella estiró la mano para sujetarla, tiró el bolso al suelo.

—Oh, por el...

Los dos se agacharon a la vez, y sus dedos se enredaron al intentar recuperar el pequeño bolsito de mano. El hombre se lo entregó, pero la dejó inmóvil en el sitio con sus expresivos ojos azules, y murmuró en una voz tan baja que sólo ella lo oyó:

—La chica que es bastante joven para bailar en el Crazy Como-se-llame del que hablabais? Créeme, no es ni la mitad de guapa a los veinticinco que tú a los treinta y E —y esbozó una sonrisa.

Treena, en lugar de molestarse con él por escuchar conversaciones ajenas, dejó escapar una suave y divertida carcajada. Lo miró, agachado frente a ella con sus vaqueros desteñidos, blancos por las rodillas, la camiseta de seda bajo la desenfadada y exquisita chaqueta de marca casi del mismo color azul cielo de sus ojos, y sintió algo que no había sentido en mucho, mucho tiempo: atracción. Una atracción animal, una atracción pura y simple entre un hombre y una mujer. Sus labios se curvaron en una media sonrisa y se puso en pie.

—Gracias. Creo que es el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho hoy.

Él también se levantó, y la miró desde su altura.

—Escucha —dijo, despacio—. Supongo que no querrías... —sacudió la cabeza, interrumpiéndose, y pasándose una mano por los cabellos despeinados, dio un paso atrás—. No, no importa. Claro que no.

—¿Qué?

—Nada. No quiero ser impertinente.

Treena se encogió de hombros, pero el corazón le latía desbocado y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no exigirle que se lo dijera.

Entonces él dejó caer la mano a un lado, alzó la mandíbula y dijo:

—Qué demonios. ¿Quieres desayunar conmigo mañana por la mañana? Tengo entendido que en este hotel hay un restaurante excelente.

La sensación de temeridad que la había acompaña-

do todo el día le instó a aceptar la invitación sin pensarlo dos veces.

«Venga», susurró el malicioso diablillo sentado en su hombro. «Disfruta un poco de la vida».

Era su cumpleaños. Bien podía aprovecharlo.

«Exacto», continuó el pícaro diablillo de cuernos rojos. «Un poco de diversión no te vendría mal».

Sin embargo, Treena no era una jovencita que se dejara llevar por sus impulsos, y lo cierto era que su marido había muerto hacía apenas cuatro meses. Por eso, a pesar de querer aceptar, acalló la tentación y abrió la boca para rechazar la invitación con cortesía pero con firmeza.

Pero Julie-Ann se le adelantó.

—Será mejor que la invites a comer, grandullón, o mejor a merendar. Nuestra Treena se está haciendo mayor, y necesita más horas de descanso que antes.

Echando la cabeza hacia atrás, Julie-Ann soltó una carcajada como si su comentario fuera lo más ingenioso del mundo.

Una oleada de rebeldía se apoderó de Treena, que se volvió a mirar a la corista más joven. ¿Qué demonios le pasaba? Julie-Ann había ocupado su puesto de capitana de la *troupe*. ¿No podía contentarse con eso? No, a veces tenía la impresión de que a Julie-Ann le molestaba el mero hecho de su existencia. ¡Al infierno con ella! Treena se volvió hacia el hombre.

—¿Cómo te llamas?

—Gallagher. Jax Gallagher.

La voz masculina resonó por todas sus terminaciones nerviosas con un sensual eco.

—Bien, Gallagher, Jax Gallagher, me encantará desayunar contigo.

Él sonrió mostrando una hilera de dientes blancos.

—¿En serio?

—Sí, pero Julie-Ann tiene razón. Ya no soy la mujer joven que era ayer, y las señoras mayores necesitamos descansar. ¿Te importa que quedemos a las diez? O si tienes algo que hacer, quizá a las nueve y media.

—Las diez es perfecto —dijo él, ofreciéndole la mano.

Ella la estrechó, sorprendida ante la descarga de energía que sintió al tocar los dedos largos y un poco ásperos en las puntas. Quizá quedar con él por la mañana no fuera una decisión muy prudente, pero de todos modos dijo:

—A propósito, me llamo Treena McCall.

—Es un placer conocerte, Treena —dijo él, retirando lentamente los dedos—. ¿Quieres que mande un coche a recogerte?

—No es necesario. Nos veremos en el restaurante.

—Muy bien. Entonces hasta mañana.

—Sí —dijo ella, mientras él daba un paso atrás—. Hasta mañana.

Treena lo siguió con la mirada mientras él giraba y se dirigía hacia la puerta, deteniéndose sólo un momento a decir algo a Clarissa y dejar unos billetes en la bandeja. Después el hombre salió con largas zancadas y desapareció entre las mesas de dados y ruletas del casino. Entonces Treena se volvió hacia sus amigas. Por un momento se quedó mirándolas en silencio, y acto seguido abrió la boca como si fuera a soltar un grito.

Juney, Eve y Michelle gritaron de verdad. Jerrilyn, Sue y Jo repiquetearon los dedos sobre la mesa y exclamaron:

—¡Gol! —como si acabara de marcar el tanto definitivo de un imaginario partido de fútbol.

Su mejor amiga, Carly, estaba apoyada en el respaldo de la silla y la miraba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Así se hace, Treena. Eso es lo que yo llamo un buen regalo de cumpleaños.

Julie-Ann estaba seria, lo que podía haber sido una dulce venganza para Treena, teniendo en cuenta el incordio constante que la bailarina había sido desde su regreso al espectáculo. Sin embargo, Treena colgó el bolso en el respaldo de la silla y se dejó caer en ella, dedicando una amplia sonrisa a sus amigas, como si efectivamente hubiera conseguido un regalo de cumpleaños excepcional.

Aunque en el fondo se preguntó qué demonios estaba haciendo.

Jax se apoyó en el respaldo de la silla en la mesa cubierta por un mantel de lino del restaurante a la mañana siguiente mientras jugaba con un sobre rosa de edulcorante sin dejar de mirar hacia la puerta. Pensó que la noche anterior había jugado bastante bien sus cartas, aunque todavía no estaba seguro de que Treena acudiera a la cita.

Hacer tropezar a la pobre camarera había resultado mejor de lo esperado. Normalmente no le gustaba involucrar a personas inocentes en sus planes, pero en este caso había sido necesario. Llevaba varios días observando a Treena y sabía que las tácticas tradicionales de ligue no darían resultado. La viuda mantenía lo que él consideraba una farsa perfecta de mucho trabajo y poca

diversión, y él como buen jugador siempre analizaba todas las probabilidades. Por eso decidió que tenía que crear su propia oportunidad y después tranquilizó su conciencia con una generosa propina a la camarera del bar por los problemas que le había causado y la vergüenza que le había hecho pasar.

Sobre todo la vergüenza, un sentimiento del que en su infancia había aprendido mucho más de lo que un niño necesitaba saber. Aunque la humillación no era causa directa de muerte, sí hacía desear estar muerto, al menos temporalmente.

Pero ahora no quería pensar en eso, así que se concentró en los dos minutos que había pasado al lado de Treena McCall y los analizó detenidamente.

Su propia reacción ante ella le sorprendió. Al advertir el cambio en la mujer tras el exagerado comentario de Julie-Ann sobre su edad, no dudó en aprovechar la oportunidad.

Pero desde luego no había esperado una conexión tan instantánea con ella cuando los ojos castaños dorados se iluminaron y ella soltó una carcajada al oír su comentario: que era mucho más guapa a los treinta y cinco que la otra bailarina de veinticinco. Además, era totalmente cierto.

La punzada de deseo que sintió al aspirar la fragancia femenina y sentir el roce de los suaves de rizos pelirrojos en los nudillos no le sorprendió demasiado. Pero ¿y la sensación de «te conozco» que había experimentado al escuchar la agradable y sincera carcajada? ¿Qué demonios significaba?

En ese momento, el objeto de sus pensamientos entró por la puerta del restaurante. Jax dejó el sobre de edulcorante y se incorporó en la silla. Desde allí, la

observó primero hablando con la camarera, y después siguiéndola por entre las mesas del restaurante hacia donde él estaba.

Treena lo sorprendió mirándola y esbozó una divertida sonrisa. Jax le sonrió a su vez, consciente de la repentina aceleración de los latidos de su corazón.

Treena llevaba unos elegantes pantalones de tela de algodón color crema y una camiseta verde oliva de una tela suave y suelta que sin ceñirla sugería las curvas que había debajo.

De acuerdo, ella le gustaba. Seguramente era sólo sexo. Lo que no debía extrañarle. Era una mujer muy atractiva. Aunque tampoco importaba mucho. Treena McCall era un medio para alcanzar un fin. Ella tenía algo que le pertenecía. Algo que necesitaba conseguir si quería seguir con vida.

Y quería. De eso no le cabía la menor duda.

Por eso tenía que hacer lo que fuera para recuperarlo.

2

Treena había estado a punto de no presentarse a la cita. Se convenció diciéndose que no quería dejar plantado a alguien que había sido tan amable con ella. Sin embargo, mientras seguía a la camarera entre las mesas del restaurante, sintió ganas de dar media vuelta y salir corriendo. Además, tenía que hacer algunos recados antes de la clase de baile a las doce.

Pero entonces alzó la mirada y vio a Jax que la miraba desde su asiento, y todas sus reservas se deshicieron como azúcar en la lengua.

Cielos, no sabía qué tenía aquel hombre, pero desde luego era algo que la atraía. Probablemente no era su físico, porque no era un hombre de una belleza espectacular. Claro que tampoco era un ogro. Tenía la nariz quizá un poco demasiado grande, y la mandíbula un poco demasiado alargada. Todas sus facciones, vistas individualmente, no tenían nada de especial,

pero sin embargo, al unirlas, formaban un conjunto que visualmente resultaba muy atractivo. Además, físicamente estaba en forma, algo que para una deportista cómo ella era importante, y había una intensidad en los expresivos ojos azules que ella podía sentir a varios metros de distancia.

Él se puso en pie cuando se acercó a la mesa, y Treena se encontró con los ojos a la altura del cuello de la camiseta. Sorprendida, se dio cuenta de que era mucho más alto y ancho que ella, y a su lado se sintió casi pequeña. Era una sensación extraña. Dado que casi todos los espectáculos de Las Vegas exigían a sus bailarinas una estatura mínima de un metro setenta y cinco, Treena nunca se había considerado una mujer pequeña.

La estatura del hombre la pilló desprevenida porque la noche anterior iba con altas sandalias de tacón, en lugar de las bailarinas planas que se había calzado por la mañana. Calculó que mediría cerca de un metro noventa y cinco, y pesaría unos cien kilos, todo músculos fuertes y sólidos y sin un ápice de grasa.

—Buenos días —dijo con una sonrisa, y tras vacilar un momento, extendió la mano.

Todavía no se conocían lo suficiente para saludarse con un abrazo, y mucho menos con un beso. Aclarándose la garganta mientras los dedos cálidos del hombre envolvían los suyos, pensó lo oxidada que estaba en aquel tipo de situaciones. Siempre se le había dado bien hablar de cosas sin importancia, pero hacía mucho tiempo que no salía con un hombre y le faltaba práctica. Recuperando su mano, murmuró:

—Espero no llegar tarde.

—En absoluto. Llegas muy puntual —dijo él, señalando su asiento. Después se sentó frente a ella—. Yo he llegado temprano.

Treena dejó el bolso y lo miró. Jax llevaba la misma chaqueta que la noche anterior, o una idéntica, esta vez con una camiseta de seda gris y vaqueros negros. Su aspecto era relajado y tranquilo, y ella se preguntó si estaba acostumbrado a conseguir compañía para el desayuno con la misma facilidad que la había conseguido a ella.

—Normalmente no aceptó invitaciones de desconocidos —dijo ella, casi sin pensar. Hizo una mueca—. Oh, sí, seguro que te lo crees, teniendo en cuenta lo que tuviste que insistir anoche para convencerme.

—Oh, te creo —dijo él, frunciendo el ceño. Pero inmediatamente relajó el gesto y le ofreció la carta, a la vez que la miraba con seriedad—. No te mueves con la coquetería de una mujer a la caza.

Treena soltó una carcajada.

—Gracias... creo.

—Quizá debería decir de una mujer a la caza para una noche..., para un ligue —balbuceó él, y la miró—. Lo estoy empeorando, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Será mejor cambiar de tema.

—Buen plan.

—Supongo que no eres de por aquí —dijo ella, arqueando una ceja.

—La verdad es que viví aquí cuando era adolescente, pero me fui hace mucho tiempo.

—¿Y qué te trae por aquí? ¿Vuelves de nuevo a Las Vegas?

—No.

—Entonces debe ser por negocios. ¿O quizá de vacaciones?

—Un poco de ambas cosas.

—¿A qué te dedicas? —Treena sacudió la mano antes de que él tuviera tiempo de responder—. No, espera, a ver si lo adivino.

Lo estudió en silencio unos segundos.

—La chaqueta es exquisita. ¿Armani?

—Hugo Boss.

—Bien, cara, de corte clásico, y combinada con camisetas de seda, consigue un estilo informal pero elegante. Perfecto. Aunque los vaqueros y... —Treena se inclinó para mirar debajo de la mesa—, las Nike me dicen que probablemente no eres un ejecutivo. ¿Qué tal?

—Muy bien.

—Sin embargo yo diría que eres inteligente y un poco bohemio —continuó ella, mirando los cabellos castaños dorados, no largos pero sí con un corte más desenfadado que el de un ejecutivo—. Yo diría que te dedicas a algo artístico. ¿Eres diseñador gráfico?

Él negó con la cabeza.

—¿Pintor o fotógrafo?

Jax esbozó una media sonrisa.

—Los resultados de mis incursiones en esos campos no han sido precisamente espectaculares.

La sonrisa masculina provocó una curiosa reacción en su libido y Treena se concentró rápidamente en repasar la lista de profesiones para desviar su atención.

—¿Un experto en Internet?

—No, aunque me gustan los ordenadores.

—¿Profesor de universidad?

Jax se echó a reír.

—Lo tomaré como un no. Seguramente la chaqueta sería de pana. Bien, veamos —continuó ella, estudiándolo—. Estás moreno. Aunque aquí todo el mundo lo está. Por favor, dime que no eres un surfista —se dio un golpe en la frente—. Tonta, en Las Vegas no hay muchas olas. Y no te he oído decir «colega» ni una sola vez, así que no puedes ser surfista. ¿No diseñarás tablas de surfing, por casualidad?

¿No había oído en algún sitio que había una convención de surfistas en algún hotel de Las Vegas?

—Me temo que no.

—Está bien, me rindo. ¿Qué te trae a Las Vegas?

—Póquer.

Treena lo miró boquiabierta un segundo, pero cerró la boca enseguida y le dio un golpe en el brazo.

—Has hecho trampa. Has dicho que estabas aquí por trabajo.

—Es mi trabajo.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Eres jugador profesional?

Jax alzó una ceja sin dejar de mirarla.

—Vale —dijo ella—. Es lo último que me hubiera imaginado.

El detalle la inquietó un poco, aunque no sabía por qué. Cualquiera diría que tenía planes de casarse con él. ¿Qué le importaba a ella cómo se ganara la vida? Además, seguramente tampoco se quedaría en la ciudad el tiempo suficiente para tener una relación.

Jax observó el cambio en la actitud de Treena. ¿Qué estaba haciendo? La sinceridad no era la mejor táctica, y si había trazado el plan actual había sido precisamente después de intentar conseguir su objeti-

vo honestamente. Lo único que había logrado había sido que le dieran con la puerta en las narices. Aunque sí, quería que ella pensara que estaba forrado y tenía un montón de pasta para gastar. Desafortunadamente, para la mayoría de la gente los jugadores profesionales no eran más que unos tramposos expertos en mentir y embaucar.

Él, por su parte, se había labrado una excelente reputación en el circuito profesional. Hasta la metedura de pata de Ginebra. Pero él era el único responsable de lo ocurrido y el lío en que estaba metido.

No estaba en Las Vegas para divertirse con ninguna mujer, y mucho menos con esa, pero eso era precisamente lo que estaba haciendo. Seducir a Treena McCall era la única forma de conseguir una invitación a su casa y tener tiempo suficiente para registrar la casa y recuperar el objeto que necesitaba para salvar el pellejo.

No sería una misión muy larga. Después de todo, ella era una corista y su padre ya había demostrado que estaba en venta. Pero al contemplarla al otro lado de la mesa, viendo la masa de rizos rojizos y la boca carnosa y sensual, se dijo que todavía no podía cantar victoria. Llevaba un par de noches observándola, y en el poco rato que había estado con ella por la mañana, su cuerpo ya estaba empezando a adelantarse a los acontecimientos. No podía permitir que sus deseos determinarán sus actos. Incluso si ella no era en absoluto lo que él esperaba.

Había imaginado una mujer tonta y codiciosa, no alguien divertido y realista. ¿Por qué si no una mujer como ella se casaría con un anciano que podía ser su padre? Jax recordó su vida con él. Su padre no había sido un hombre fácil, pero sí bastante acaudalado.

—¿Y vienes mucho a Las Vegas?

La voz de Treena interrumpió sus pensamientos, y centró de nuevo su atención en ella.

—No, es la primera vez en mucho tiempo. No había vuelto desde que me fui a la universidad. Ahora paso muchos meses al año en Europa, últimamente en Montecarlo.

—¿En serio?

—Sí.

—Oh, Dios mío —Treena suspiró y apoyó la barbilla en la palma de la mano mientras lo miraba con admiración—. Ni siquiera me lo puedo imaginar. Menos unas semanas que Carly y yo pasamos en Cancún hace tres o cuatro años, no he salido nunca del país.

—No lo dirás en serio —dijo él, extrañado.

Había imaginado que la joven esposa de su padre lo habría hecho ir de un sitio a otro, malgastando la fortuna familiar, hasta el punto de tener que volver a subirse a un escenario para ganarse la vida.

—Ojalá fuera así. Por desgracia, es la verdad. Triste, ¿no crees?

—¿Quieres hacerme creer que una descendiente de irlandeses no ha ido nunca a visitar la madre patria?

—¿Crees que soy irlandesa? —preguntó ella con una sonrisa.

—¿No lo eres? Con esa melena pelirroja y un nombre como McCall, tienes que ser de origen irlandés o escocés.

Treena se echó a reír. Un par de hombres de negocios en una mesa cercana se volvieron y la contemplaron con admiración. A Jax no le pasó desapercibido.

—Pasando por Varsovia, quizá —dijo ella—. Nací en una pequeña ciudad industrial de Pensilvania cuyo nombre no creo que hayas oído nunca. Y hasta hace un año y medio, me llamaba Treena Sarkilahti.

—¿Y McCall es tu nombre artístico?

—No, es mi nombre de casada. Era mi nombre de casada. Soy viuda.

—Oh, cielos —dijo él, apoyándose en el respaldo.

Era otra cosa que no había esperado de ella. Todo lo contrario. Pensaba que ella aprovecharía la excusa de nombre artístico que le ofreció, pero no fue así. Y oír la palabra «viuda» en su boca le afectó profundamente.

—Lo siento.

—Yo también. Era un hombre maravilloso.

«Depende de lo que llames maravilloso», pensó él. Pero reprimió la rabia y la amargura que pertenecían a otra época. No merecía la pena volver a recordarlo.

—En cierto modo, me recuerdas un poco a él —dijo ella.

Jax la miró horrorizado.

Treena se echó a reír.

—Lo sé. No hay nada como oír a una mujer compararte con su difunto marido, ¿eh? Jim era un hombre hecho a sí mismo, no muy culto, y tú tienes más mundo que él. Pero de todas maneras, eres... amable, igual que él. Y grande, como él. Era un hombre muy hombre.

Ahora estaba seguro de que era una mentirosa. Su padre podía ser muchas cosas, menos amable. Y él tampoco lo era.

Ya no.

Pero ¿un hombre muy hombre? Oh, sí, eso seguro.

Su vida había sido pescar, cazar, y jugar a todos los deportes imaginables.

Siempre le habían preocupado más las opiniones de otros hombres, incluso de desconocidos, que el bienestar de su hijo. ¿Cuántas veces le había insistido para que se comportara «como un hombre» y se ganara el visto bueno de sus colegas? Todavía podía escuchar su voz.

«Sujeta bien el bate, Jackson, y no apartes los ojos de la pelota. ¡Dios santo, bateas como una niña!»

Treena le rozó el dorso de la mano.

—Perdona —dijo—. No debí haberlo mencionado.

Apartando los recuerdos de su mente, Jax se concentró en su objetivo. Su padre tenía razón en una cosa. Tenía que mantener los ojos en la maldita pelota. Mirando a la atractiva pelirroja sentada frente a él, se maldijo por permitir el ceño de preocupación entre las cejas femeninas.

—¿Cuánto hace que murió tu marido?

—Poco más de cuatro meses.

—No es mucho. Claro que tienes que pensar en él —dijo. Inclinándose hacia delante, le rozó las puntas de los dedos—. ¿Soy el primer hombre con quien sales desde su muerte?

—Sí, y debo decir que no sé por qué acepté.

Eso provocó una sincera sonrisa de Jax.

—¿Sí?

—Oh, sí —dijo ella, con las mejillas sonrosadas.

—Entonces retiro lo de la falta de coquetería. Si hacer que un hombre se sienta maravillosamente es criterio suficiente, se te da mucho mejor de lo que pensaba.

Treena parpadeó.

—Menudo Don Juan —exclamó ella, divertida—. Por favor. Tantos cumplidos se me van a subir a la cabeza.

—Di lo que quieras, pero te he calado —dijo él, con una sonrisa—. Hacer saber a un hombre que has aceptado su invitación a pesar de creer que es un error es coquetear, cariño. Un coqueteo muy eficaz. Y dime, ¿tienes hijos?

—No. No estuvimos casados ni un año. Big Jim tenía un hijo mayor, una especie de niño prodigio y un genio en Matemáticas, pero nunca lo conocí.

—¿Por qué no?

Treena apretó los labios, como si hablar del tema le dejara un mal sabor de boca.

—Si no te importa, prefiero no hablar de él.

El amargo sentimiento de inferioridad e incompetencia que le había acompañado durante toda su adolescencia le envolvió una vez más, y Jax agradeció la llegada de la camarera para tomarles nota. ¿Qué esperaba? Nunca había sido más que un motivo de vergüenza para su padre, y eso no tenía que haber cambiado con los años. Además, él había aceptado con deportividad el hecho de que no cambiaría nunca.

Hacía tiempo que había dejado de buscar la aprobación de Big Jim McCall. Mucho tiempo.

Ahora sólo tenía hasta final de mes para seducir a Treena y hacerse con la pelota de béisbol autografiada que había sido la posesión más valiosa de su padre. Dios sabía que si alguien se había ganado la propiedad de aquel objeto de coleccionista, era él. Y tenía que conseguirla antes de que Sergei Kirov le soltara los perros.

A la vez, tenía que mantener su concentración para ganar el torneo de póquer de Las Vegas. Con suerte, tendría el primer asunto resuelto antes de empezar con el segundo. Incluso así, sintió la tensión en los hombros.

«Piensas demasiado», se dijo, tratando de relajarse. No quería perder tiempo ni esfuerzo en seducir a una corista.

Sonrió a Treena, y ésta le devolvió una media sonrisa que decía «bésame» a gritos.

Oh, sí. Era sólo cuestión de tiempo.

3

Treena estaba sudando en otra interminable serie de pliés cuando Carly apareció ante ella.

—Hola, ¿qué haces aquí? —preguntó sorprendida.

—¿Cómo que qué hago aquí? —dijo su amiga, apoyando ligeramente las puntas de los dedos en la barra y sintonizando sus movimientos con los de Treena—. ¡No has vuelto a casa después de clase!

Treena parpadeó.

—Había un hueco libre y lo he aprovechado.

—Sí, vale, cualquier otro día no me importa —protestó Carly—, pero ¿después de la cita de esta mañana? ¿No ves que estaba impaciente por que volvieras? ¡Venga, suéltalo! ¿Cómo ha ido?

Los recuerdos de la cita con Jax volvieron a su mente y Treena sonrió.

—Ooohhh, vaya. ¿Tan bien?

—Sí.

—¡Lo sabía! Sabía que tiene algo...

Treena se interrumpió a mitad de movimiento durante una décima de segundo, y después continuó.

—Eso es exactamente lo que pensé, que tiene algo. Pero no acabo de saber qué es.

—Mejor tenía que haber dicho que hay algo entre los dos, yo diría que química —dijo Carly, encogiéndose de hombros—. Pero, ¿qué más da?

—Claro que importa. ¿Por qué él, por qué ahora? —Treena miró a su amiga—. No podía haber aparecido en peor momento. Apenas hace cuatro meses que Big Jim ha muerto, y Jax no creo que se quede por aquí ni un mes. Resulta que es jugador profesional.

—¿No fastidies? —esta vez fue Carly la que perdió el ritmo—. Ni se me hubiera ocurrido. ¿Dónde ha dejado la pinta de mafioso barato con zapatos relucientes y brillantina en el pelo que se asocia con la palabra jugador?

Treena soltó una carcajada al escuchar la misma descripción que hubiera utilizado ella antes de conocer a Jax.

—Participa en el torneo de póquer que empieza en el Bellagio la semana que viene. O la otra, no me acuerdo bien.

—La diferencia es que es legal. Por no decir alto y guapo, y que le gusta lo que ve cuando te mira —Carly ladeó la cabeza—. Teniendo en cuenta que es la primera invitación que aceptas desde Big Jim, supongo que a ti también te gusta. Así que no veo ningún inconveniente.

—Lo sé, lo sé. No debería haber ninguno. Pero es... no sé, es demasiado pronto.

—No, de eso nada, preciosa —dijo Carly, estiran-

do la mano y apretándole cariñosamente el hombro—. Las dos sabemos que Big Jim no era precisamente lo que la gente espera de un marido. Además, no hay nada que diga que tienes que lanzarte de cabeza. Puedes tomártelo con toda la tranquilidad que quieras, pero no me gustaría que desperdiciaras la oportunidad.

Treena sonrió afectuosamente a su amiga. La actitud realista de Carly, junto a la corta melena rubia que lucía, solían engañar a la gente, que veces la tachaban de cínica y superficial. Sin embargo, Treena sabía que era una mujer de espíritu libre, con los pies firmemente puestos en la tierra, y leal hasta la muerte.

—En ese caso te haré saber que tengo una cita con él después de la función de las diez. También le he dado mi número de teléfono.

Carly soltó un grito.

—¡Así me gusta! ¡Ésta es mi chica!

—Yo no la clasificaría de chica —dijo una voz en el lado opuesto de la sala de ensayo.

Treena suspiró y antes de volverse supo a quién iba a ver.

—¿Escuchando conversaciones ajenas otra vez, Julie-Ann?

Una expresión de irritación cruzó la cara de la mujer, que hizo un esfuerzo por ocultarla.

—Créeme —dijo con frialdad—, tu penosa vida no me interesa en absoluto. Escuchar a Carly ha sido totalmente involuntario.

—Seguro —murmuró Carly—. Igual que tu comentario.

Julie-Ann la ignoró y miró a Treena.

—Si te molestaras en comprobar el horario, verías

que tengo el estudio para la próxima hora. Me han elegido para un documental sobre coristas de Las Vegas y quiero ofrecer lo mejor de mí —explicó, mirándola de arriba abajo—. Pero si no has terminado, por favor, puedes quedarte a practicar conmigo. Sé que lo necesitas.

En lugar de responder a las insinuaciones de Julie-Ann, Treena sonrió.

—Vaya, gracias, Julie-Ann. Qué... amable. ¿Qué te parece, Carly, quieres echar otra hora?

—Por supuesto. No se me ocurre nada mejor que hacer. Así podemos aprovechar los conocimientos de Julie-Ann.

—Desde luego —dijo Treena, y vio la expresión de frustración en la cara de la joven bailarina. Satisfecha, se volvió a mirar a Carly—. Aunque ya llevo tres horas ensayando, y seguro que tus pequeños están esperando como locos que vayas a darles de comer.

—Eso es cierto —Carly dedicó una amplia sonrisa a Julie-Ann—. Por no mencionar que Treena tiene que prepararse para su cita. ¿Te acuerdas de cómo era, verdad, querida? Supongo que no hace tanto tiempo que has tenido una.

Julie-Ann sonrió tensa.

—Eres un encanto, Carly.

—¿A qué sí? —dijo Treena, riendo, y se alejó a recoger sus cosas.

Carly se unió a ella y poco después las dos amigas salían del estudio.

La sonrisa en los labios de Treena desapareció en el momento que la puerta se cerró tras ellas.

—¿Qué le pasa a esa idiota? —quiso saber, saliendo a la calle—. ¿Qué demonios le he hecho para que me odie tanto?

—Ser mejor profesora y capitana de lo que ella será jamás.

Treena se detuvo en seco y miró a su amiga.

—Repite eso.

—Sabes dar instrucciones de forma sencilla y sin hacer que la gente se sienta torpe. Pero con Julie-Ann, incluso cuando te dice algo positivo, empiezas a buscarte el cuchillo en la espalda. Y todas estamos hartas de oír lo bien que lo hace y lo maravillosa que es. A lo mejor es verdad, no digo que no, pero como capitana del grupo, todas te preferían a ti y ella lo sabe.

—¿Y de que me sirve? —dijo Treena, echando a andar de nuevo—. Por mucho que me fastidie reconocerlo, hoy en día es mejor bailarina que yo. ¿No puede alegrarse por eso?

—No, es muy competidora y no soporta que nadie sea mejor que ella en nada.

Treena no entendía cómo sería crecer en un mundo que permitía ese tipo de comportamiento. Ella había crecido en una ciudad industrial con continuas reducciones de plantilla en las empresas y dónde mantener un trabajo estable era suficiente para considerarse afortunado. No había tiempo para complejos de superioridad. Todos estaban demasiado ocupados con ganar el dinero suficiente para llegar a fin de mes.

—No lo entiendo.

—Porque tienes mucha ética profesional. No conozco a nadie que haya trabajado tanto como tú. Y desde tan joven.

—Mis padres necesitaban el dinero, y yo necesitaba las clases de baile.

El baile había sido su única escapatoria, y la inversión de tanto dinero y esfuerzo había merecido la pena.

Sus padres nunca lo había entendido. Tampoco lo entendían ahora. La querían, pero no entendían por qué no se casaba con alguien como su vecino Billy Wardinski y llevaba la misma vida que ellos. Las hijas de emigrantes polacos decentes y trabajadores no se largaban a Las Vegas a bailar prácticamente desnudas en un escenario.

—¿En qué estás pensando?

—La suerte que tuve de que mis padres sólo vieran la función de las ocho la vez que vinieron a verme.

Carly sonrió.

—Sí, la ropa que llevábamos ya les pareció bastante escandalosa.

—Imagina su reacción si me llegan a ver en topless. Aunque ya tenía treinta y dos años, mi padre me hubiera llevado a casa a rastras por los pelos.

—Hablando de ropa, ¿te he contado lo que ha hecho Rufus con mis zapatos nuevos?

Carly empezó a contarle la última hazaña de una de sus mascotas, un perro que había encontrado abandonado en la cuneta de una carretera cerca de la frontera con California.

Treena se olvidó de la hostilidad de Julie-Ann, del rechazo de sus padres a su estilo de vida y de sus problemas económicos y profesionales. En lugar de eso, sonrió al recordar la vez que Big Jim le preguntó si Carly y ella se quedaban alguna vez sin tema de conversación. Porque lo cierto era que no les había pasado nunca desde que se conocieron hacía once en las pruebas para *La Stravaganza*.

Poco después, sola en su coche de regreso a casa, no pudo evitar seguir dando vueltas a sus preocupa-

ciones, que logró olvidar momentáneamente al llegar a casa cuando se sumergió en uno de sus periódicos ataques de limpieza. Entonces encontró la pelota de béisbol encima de una de las cajas del armario empotrado de la entrada. Sujetando la caja de plexiglás donde estaba guardada, se sentó sobre los talones y la miró con emociones contradictorias.

La pelota había sido uno de los tesoros más preciados de Big Jim. Era una pieza de colección, una pelota que se había utilizado en el campeonato nacional de béisbol de 1927 y que su padre, entonces con sólo doce años, había pillado al vuelo en uno de los lanzamientos y había logrado que fuera autografiada por toda la alineación de los Yankees neoyorquinos. Valía una pequeña fortuna, pero para Jim la pelota tenía más valor por su historia deportiva y por el hecho de ser una reliquia familiar.

Una codiciosa voz en su interior le recordó el valor económico de la misma, pero Treena dejó la caja cuidadosamente donde la había encontrado y decidió dejar la limpieza del armario para otra ocasión. Con firmeza, cerró la puerta a la tentación. Por enésima vez, recordó la llamada de teléfono que había recibido una semana antes de un abogado llamado Richardson. Según sus palabras, un cliente anónimo le había autorizado a hacer una oferta por la pelota, y la cantidad que le ofreció era sencillamente mareante.

La posibilidad de tener todo aquel dinero había sido la idea más tentadora que había tenido en su vida. Como Carly le había recordado hacía un buen rato, siempre había trabajado mucho, e incluso cuando se fue de casa, a los dieciocho años, continuó teniendo dos trabajos. No dejó el segundo hasta que lo-

gró ahorrar una buena cantidad de dinero trabajando como corista en la revista de *La Stravaganza* en el Avventurato Resort Hotel y Casino de Las Vegas. Por desgracia, todos sus ahorros se habían esfumado el año anterior, por lo que rechazar la oferta del abogado había sido realmente difícil. Si vendía la pelota, todos sus problemas económicos acabarían.

La idea de no superar las pruebas anuales de *La Stravaganza* la aterraba. Detestaba pensar que estaba empezando a perder algo que había sido siempre tan especial, y que se estaba acercando al final de una vida profesional para la que tanto había trabajado. Peor aún era la idea de volver a una situación de falta de seguridad económica. Y la tentación de la pelota seguía estando allí. La oferta de Richardson serviría para comprar el estudio de danza y vivir unos meses hasta que tuviera ingresos estables. Sabía que podía conseguirlo, porque, como había dicho Carly, era una buena profesora. Por eso, había necesitado toda su fuerza de voluntad para no aceptar la oferta del abogado.

El único problema era que conocía demasiado bien los deseos de Jim. Y Jim quería que la pelota fuera para su hijo.

Al pensar en Jackson McCall apretó los dientes, porque por muchas vueltas que le diera y por mucho que lo pensara no lograba encontrar a alguien que lo mereciera menos.

Treena respiró profundamente. No iba a permitir que el hijo de Jim le estropeara el día, y mucho menos la prueba para la que debía prepararse con concentración. Su tiempo y su energía serían mucho más productivas si se concentraba en imágenes posi-

tivas, como el recuerdo del desayuno con Jax o la cita que tenía con él por la noche. Poco a poco, notó cómo la tensión se iba relajando y suspiró. Todo saldría bien.

¿Por qué perder el tiempo pensando en un cerdo impresentable cuando podía dedicarlo a pensar en un hombre maravilloso?